

ARMAS DE LOS WELSER

## LOS EXPLORADORES ALEMANES

DE LA AMÉRICA DEL SUR EN LA ÉPOCA DE LA CONQUISTA

QUE traducción tan original del título de Colón *Almirante del mar* hizo el doctor alemán Jobst Rubchamer en su versión de la obra del italiano Angel Trivigiano *Paesi novamente ritrovati* (Vicenza 1507) que publicó en Nuremberg en 1508, llamando á Cristóbal Colón *Cristoffel Dawber der wunderer des meeres!* Sí; el Océano habrá admirado á aquel mágico prodigioso del mar que aspiraba á ser el heraldo de un nuevo cielo y de una nueva tierra y que, considerándose el embajador de Nuestro Señor, á quien llevaba por los mares, firmaba sus cartas:

S,  
S. A. S.  
X. M. I.  
X po Ferens

(Servidor de Sus Altezas Sacras Jesús María Isabel Cristoferens, según la interpretación del Sr. Becher); al hombre tan atrevido como creyente que, confiando en su misión divina y regocijándose con el éxtasis de Mosén Jaime Ferrer que en 1495 dijo á los Reyes Católicos: «Creo que la Divina Providencia le tenía por electo por su grande misterio y servicio en este negocio», trocó el mar, testigo de sus angus-

tias, en un edén de venturas, realizando esta profecía que se encuentra en la tragedia *Medea*, de Séneca:

Venient annis saecula seris  
 Quibus Oceanus vincula rerum  
 Laxet et ingens pateat tellus,  
 Typhysque novos detegat orbés,  
 Nec sit terris ultima Thule

Dos hemisferios, unidos por los vínculos del entusiasmo por una de las figuras más grandiosas de la Historia Universal, entonarán este año un himno á Colón haciendo suyas las frases casi idénticas que dirigió éste, el 15 de Febrero de 1493, desde las Canarias al consejero de los Reyes Católicos el aragonés Santángel, y el 14 de Marzo del mismo año al tesorero real Gabriel Sánchez: «Que se hagan procesiones, que se celebren sagradas fiestas y que sean adornados los templos con ramas verdes. Cristo ha de regocijarse en la tierra como en el cielo al ver salvadas las almas hasta entonces perdidas de tantos pueblos.»

El ilustre autor de *Las Cartas Americanas*, D. Juan Valera, ha tenido la amabilidad de invitarme á tomar parte en la gloriosa empresa de los escritores españoles, portugueses é hispano-americanós que, encadenándonos por el deleitoso atractivo del bien decir, cosagran su talento á pintar en EL CENTENARIO la sin par época del Descubrimiento y Conquista del Nuevo Mundo, en la que la vista de tantos productos peregrinos de la naturaleza, el encanto romántico de las aventuras más maravillosas, el júbilo que sentían los unos al conquistar preciosos metales y los otros al convertir numerosas estirpes al cristianismo, engendraron en los hombres de España una fiebre, una epidemia, una ambición sin límites, un afán singular de atravesar los mares y el desierto, de explorar las regiones incultas, de modo que al embajador veneciano Andrés Navagiero, que en 1525 viajaba por España, le parecía Sevilla una ciudad abandonada casi enteramente á las mujeres.

Jamás estimaré bastante la honra tan señalada que me dispensan la amistad y galantería españolas, y á la vez gustoso y agradecido trataré de cumplir mi encargo, porque éste se refiere á lo que ha hecho mi patria, donde ya cuando niño me hizo estremecer el nombre de Colón, siendo los primeros libros que conocía *El Descubrimiento de América* y *Robinson el Menor*, por Joaquín Enrique Campe, que bajo el nombre de Juan retrata en aquellas obras al padre de Fernán Caballero, el señor Böhl de Faber.

Al asociarse con toda su alma al Centenario de Colón, celebra Alemania al genio que inauguró una nueva era y abrió nuevos horizontes á la humanidad, y celebra su propia colaboración en aquella empresa gigante.

Manuscritos de los siglos XI y XII que se encontraron en los conventos de Islandia cuentan las correrías de los escandinavos que, con sin igual bizarría, emprendieron la alta aventura de guiar su proa por el Atlántico, en dirección al Occidente, pasando Eirik el Rojo en 986 desde Islandia á Groenlandia, y descubriendo su hijo Leif, á

quien Boston erigió un monumento en 1887, por los años de 1001, la costa norteamericana.

Tuvo por compañero á un alemán, de nombre de Tyrkir (Diterico), que halló en las orillas, vides que conocía por su patrio Rhin, y llamó á aquella costa que habrá sido la de Massachusetts, Vinland it goda (la buena tierra de vino). La nueva de aquel descubrimiento feliz se conservó en Islandia y llegó al sabio canónigo Adán de Bremen que murió en la ciudad del Weser en 1076, y á quien se debe la obra importante *Gesta Hammaburguensis ecclesiae Pontificum*, cuyo libro IV contiene una descripción de las islas septentrionales.

Pero no hablemos más de aquel descubrimiento precolombino, ni extendámonos sobre el hijo de Nuremberg, Martín Behaim, el autor del primer globo, sino limitémonos á los alemanes cuyo ánimo llevaba el indomable espíritu de los conquistadores españoles y que figuran en la grandiosa empresa del descubrimiento y conquista de América, ese inmenso semillero de acontecimientos aislados que al recogerse formarían una epopeya y darían temas á infinitas generaciones para cantar en todos los tonos la bravura ó la crueldad y la hidalguía ó la bajeza de los conquistadores ó de los conquistados. Fijémonos en los caudillos de estirpe alemana que dominaron el piélago inclemente como corcel salvaje y que, participando de las ilusiones de los conquistadores españoles desde que éstos habían alcanzado tesoros inmensos en los imperios de los Aztecas y de los Incas, buscaban sedientos de oro y ansiosos de aventuras, en los vastísimos llanos que se extienden sobre millares de leguas del lado oriental de los Andes, á un rey sacerdote, á un cacique fabuloso, *El Dorado*, el cual, según decía la tradición, doraba su cuerpo desnudo y se bañaba en un lago encantado para quitarse su polvo de oro, consagrando á sus dioses, que moraban en el fondo de las aguas, sus joyas, su oro y esmeraldas. El primero que buscó al cacique dorado, fué Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú, que en vez del Dorado descubrió el país de las Canelas en los Andes de Colombia.

Al mito del cacique dorado siguió la leyenda de la mansión dorada del sol y de la ciudad de Manoa. Los españoles de Venezuela y Bogotá buscaron el reino de *El Dorado* en las selvas profundas del Orinoco y del Río Negro; los colonos de Quito y del Perú septentrional soñaron con la mina inagotable y escondida de los Omaguas, mientras los de la ciudad del Cuzco y de Charcas imaginaban que la tierra prometida de *El Dorado* y los palacios fabricados de precioso metal se encontrasen á orillas de un lago misterioso situado del lado oriental de los Andes. La leyenda de *El Dorado* era como un fuego fatuo, un miraje halagüeño y falaz que engañaba á los aventureros del siglo XVI impulsando con encanto irresistible á aquellos hombres tenaces y osados á recorrer selvas vírgenes en que el sol nunca penetró, para atar nuevos seres al carro de su insaciable codicia, á penetrar en las regiones más distantes, en comarcas inmensas que no volvió á hollar ningún hombre blanco desde que los cadáveres de sus hermanos de armas sucumbidos al calor mortífero del clima y á los miasmas, al hambre y á las flechas envenenadas, y ríos de sangre de indios

regando la virgen América marcaban sus nefastas huellas de un océano al otro, hasta que el fantasma de oro de Manoa se sumergió para siempre en la lejana Guayana en el lago soñado de Parima y hasta que Alejandro de Humboldt desterraba la tierra de oro al reino de los mitos.

Para alcanzar el oro codiciado, aquellos aventureros que eran caracteres de hierro y tenían brazos de bronce, arrojaron sinnúmeros peligros y se atrevieron á sin iguales proezas; no los arredraba ningún obstáculo, sino que cada derrota aumentaba aún su ardor, su fanatismo, aquella *auri sacra fames* de que habla Virgilio.

El poeta cubano Francisco Sellén que publicó en 1891 en Nueva York su notable poema dramático *Hatuey* en honor del que fué en su tiempo cacique de Guajaba y es hoy gloria de Cuba, de Quisqueya y de América, hace arrojar á los indios en las aguas al dios de los extranjeros, al oro, repitiendo todos, estos versos que va cantando el sacerdote:

Húndete en el profundo  
seno del agua inmensa,  
de donde tú saliste  
sólo á ejercer el mal;  
donde quedar debiste,  
oro infernal.

De las expediciones todas que se hicieron en busca de la tierra de oro la más rica en acontecimientos extraordinarios fué la del joven y simpático caballero navarro Pedro de Ursúa, que con unas tropas reclutadas en el Perú llegó de los Andes al Amazonas y fué muerto á puñaladas en la noche fatal del 1.º de Enero de 1561, en un pueblecillo de la provincia de Machijero, por Lope de Aguirre y sus cómplices.

El hijo de Guipúzcoa Lope de Aguirre, de quien mi amigo venezolano D. Aristides Rojas se ocupa en su brillante artículo *El elemento vasco en la historia de Venezuela* y de que el joven poeta colombiano Carlos Arturo Torres hizo el protagonista de un drama que tiene mucho valor de época y que se estrenó en el teatro de Bogotá en la noche del 19 de Abril de 1891, es el monstruo de la conquista, cuya alma errante no encuentra dicha ni reposo sobre la tierra; pero el móvil grande —si no justo— de sus tropelías es que lanzó el primer grito de independencia en América; si lo lanzó, fué como podría lanzarlo un marinero en noche de borrasca: «á mar revuelto». En el drama que acabo de mencionar, Lope de Aguirre que encontraba á su ambición estrecho el suelo en que imperaba cual tirano, se caracteriza con estas palabras:

Tú me conoces bien: mi alma altiva  
Tuvo á los reyes implacable odio:  
Siempre he guardado palpitante y viva  
Toda la inmensa cólera de Harmodio.  
No temblé jamás; ante la bruma  
Del abismo sentíme altivo y fiero,  
Cuando con beso de hervidora espuma  
Dióme el mar el bautismo de guerrero.

Entre los que movidos «por las relaciones de la poderosa Guayana y de aquella grande ciudad de oro que los españoles denominaban *El Dorado* y los indígenas *Manoa*» figura hasta uno de los hombres más nobles de la edad de Isabel de Inglaterra, el estadista, soldado, explorador, historiador y poeta inglés Sir Walter Raleigh, que como pirata murió en el cadalso el 29 de Octubre de 1618.

Á impulsos de mi amigo el eminente geógrafo y catedrático de la Universidad de Bonn, el hispanófilo Sr. J. Rein, debióse la obra que Fernando Alberto Junker de Langegg publicó en 1888 en Leipzig con el título de *El Dorado*. Dice aquel autor al final de su libro: «Así como los afanes vanos de los alquimistas por buscar la piedra filosofal causaron notables descubrimientos químicos, las expediciones aventureras en busca de *El Dorado* contribuyeron más que otras empresas, durante la segunda mitad del siglo XVI y los principios del siglo XVII, á extender y enriquecer nuestros conocimientos geográficos del continente Sur americano.»

Ya es hora de hablar de mis compatriotas, los cuales, si no encontraban el oro soñado, ni el reino legendario de *El Dorado*, han de ocupar un puesto distinguido en la falange de los descubridores que con la muerte fatal siempre presente cruzaron soledades eternas, fulgurando el indomable espíritu de los *Dalsinger*, *Federmann*, *Hohermuth* y *Hutten*, deslumbrado por los mirajes coloridos de *El Dorado*, en la espesura de la hojosa selva.

Como último biógrafo de los descubridores alemanes mencionaré la ilustre escritora colombiana doña Soledad Acosta de Samper, que dió á la estampa en 1883 en Bogotá sus *Biografías de hombres ilustres ó notables, relativas á la época del Descubrimiento, Conquista y Colonización de la parte de América denominada actualmente EE. UU. de Colombia*. Para escribir esta obra consultó entre otras la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra firme del mar Océano* por el historiógrafo de Felipe II Antonio de Herrera (Madrid 1601 á 1615), la *Historia general de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada* por el obispo de Santa Marta, nacido á principios del siglo XVII en Santa Fe de Bogotá, D. Juan Fernández Lucas de Piedrahita, y las *Elegías de varones ilustres de Indias*, cuya primera parte salió en 1588, y que escribió D. Juan de Castellanos que tomó parte como soldado en la conquista de Nueva Granada y después se ordenó de sacerdote en Tunja.

Sólo una breve noticia referente á los alemanes se encuentra en la *Historia del Nuevo Mundo* que el milanés poco afecto á los españoles Jerónimo Bengoni publicó en 1565 en Venecia.

Es sabido que el joven caballero castellano Alonso de Ojeda, acompañado del sabio piloto Juan de la Cosa, el primer cartógrafo del Nuevo Mundo, y del florentino Américo Vespucio, cuyo nombre de Américo presentaba por primera vez el docto preceptor alemán Martín de Waltgemüller, natural de Friburgo (Breisgau), en 1507 en la introducción de su *Cosmografía* como el más á propósito para el Nuevo Continente, descubrió en Agosto de 1499 el golfo de Venezuela que bautizó con este nombre por haber encontrado en la costa oriental mucha gente que

habitaba chozas edificadas en las aguas sobre un encajonado de estacas y piedras, pareciéndose la construcción de aquella aldea á la de la bella Venecia.

Llamaron el sitio Venezuela, nombre que conservó todo aquel litoral, que se convirtió después en una importante colonia española. Es sabido también que Rodrigo de las Bastidas fundó en 1515 una población española que llamó Santa Marta (situada en el Estado Magdalena de Colombia), y que Juan de Ampués fundó otra en un sitio que llamó Santa Ana de Coro y que está próxima al golfo de Maracaibo (Estado Falcón). Apenas tenía un año de vida la iniciada colonia, cuando el emperador Carlos V cedió, en pago de sus letras de cambio, á los Rohtschild del siglo xvi, los Welser, de Augsburgo, que Herrera llama Belzares, como feudo de la corona todo el territorio de Venezuela, desde el cabo de la Vela hasta Maracapana, con derecho á conquistar en la tierra adentro y hacer esclavos á los indios que no se sometiesen, y con la condición de fundar dos ciudades y tres fortalezas bajo el mando de un gobernador ó adelantado, que nombrarían los Welser.

El primer adelantado que nombraron éstos se llamaba Ambrosio Dalfinger ó Alfinger. Herrera le llama Enrique d'Alfinger: Los escritores españoles dicen que Miser Ambrosio era natural de Alfinger, una ciudad alemana. No hay ninguna población llamada Alfinger, sino Alfinger. «¿Cuál es esa ciudad de Alemania?» pregunta doña Soledad Acosta de Samper. «No hemos podido descubrir ninguna que lleve un nombre que se lo parezca siquiera.»

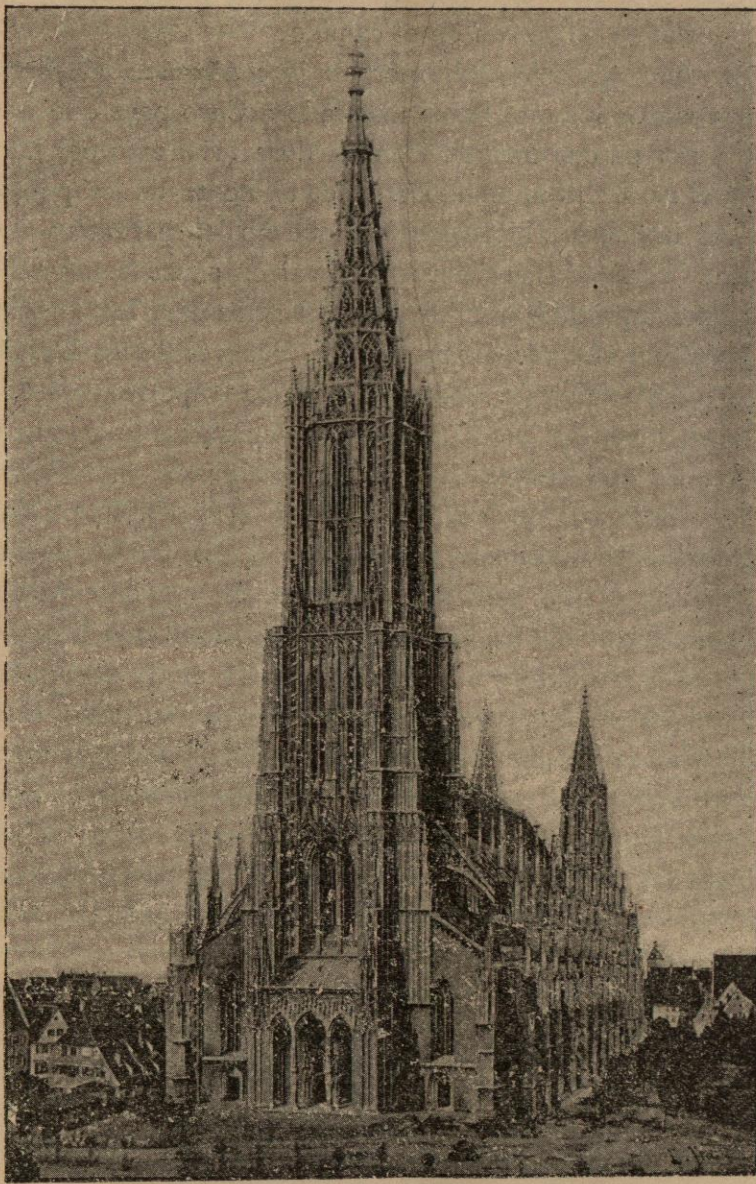
Hay dos pueblos llamados Alfinger cerca de Talen (Wurtemberg), y otro llamado Thalfingen, próximo á Ulm, donde los Besserer, aquellos patricios tan famosos de la ciudad del Danubio, tienen aún hoy un castillo.

Los escritores alemanes dicen que Dalfinger ó Alfinger pertenecía á una estirpe de patricios residente en Ulm, la ciudad de los recuerdos que el emperador Maximiliano llamaba su hija más favorita después de Augsburgo, y de que dijo un proverbio de la Edad Media: «Dominan al mundo: la fuerza de Venecia, el esplendor de Augsburgo, la artillería de Strasburgo, la sal de Wurtemberg y el *dinero de Ulm.*» El que había de desempeñar un papel tan importante en la historia de Venezuela, la pequeña Venecia, tenía, pues, por patria, á la rival de la ciudad de las lagunas.

Un amigo mío, el distinguido poeta de Ulm, Adolfo Wechsler, cree que el Miser Ambrosio, de las crónicas españolas, era un Besserer de Thalfingen; pero siguiendo la autoridad de su contemporáneo y paisano Nicolás Federmann le llamaré Ambrosio Dalfinger de Ulm.

No es la primera vez que escribo yo sobre Dalfinger, pues le he consagrado un artículo que publicó *El Siglo* de Caracas, correspondiente al 8 de Enero de 1885. Ocupándome hoy del mismo personaje, tengo delante de mí la introducción que Clemente R. Marbham, el cual pasó cuatro años en el Perú, escribió á las *Noticias históricas*, de Fr. Pedro Simón, debiendo yo aquella obra, que pertenece á la Biblioteca de la universidad de Bonn, á la bondad del profesor Rein. (La traducción inglesa de las *Noticias históricas* debida al Sr. Marbham salió en Londres en 1861.)

Habiendo sido acreditado de agente de los Welser en la corte de España, Dalfinger tenía ya experiencia de los trabajos que se pasaban en las tierras del Nuevo Mundo, cuando con tres buques, 400 infantes y 80 de caballería, todos hombres de nacimiento español, salió en 1528 del puerto de Sevilla para Coro. Apenas se hizo cargo el Adelantado del gobierno, cuando se apresuró á recorrer el país, deseoso de no perder tiempo, y en 1530 empezó su famosa expedición en busca del rey de los metales, dejando en Coro á su segundo Jerónimo Sayller y trayendo una tropa compuesta de 160 españoles de infantería y 40 de á caballo y una turba de indios cargueros que, para que no se le huyesen, llevaba ensartados en dos cadenas (como lo hacían en España para trasladar los galeotes de una parte á otra. Véase el *Don Quijote*, I, cap. XXII), y atados de manera que pudiesen pasar las cabezas por los anillos. En lugar de desatar al desgraciado á quien el cansancio no permitía caminar, le cortaba la cabeza un criado de Dalfinger, quedando los cuerpos tendidos en los caminos en señal de la crueldad de aquellos invasores.



CATEDRAL DE ULM

Al llegar el Adelantado á las lagunas que forma el río Cesare en su desembocadura en el Magdalena, los indígenas huyeron á las islas por temor á los españoles y al caudillo germano, que era de la madera de los conquistadores; pero los atraía el brillo de sus joyas de oro: los españoles nadaron con sus caballos por las lagunas y mata-

ron muchos indios. El cacique de Jamalameque se sometió, entregando á Dalfinger todas sus joyuelas. Entonces resolvió éste descansar en aquel lugar algún tiempo, mientras que enviaba á Coro los 60.000 castellanos de oro que llevaba con un oficial seguro, acompañado de 25 hombres y de los indígenas que necesitase para cargar todo aquello. Pero aquellos desgraciados, con excepción de uno solo, no llegaron á Coro, sino se perdieron en el camino.

En vano aguardó Dalfinger en la confluencia de los ríos Cesare y Margarita el regreso de los que había mandado á Coro para que le comprasen armas y caballos, y por fin continuó su viaje de descubrimiento por las orillas del río Magdalena hasta el río Lebrija, siendo el único alimento de los pobres aventureros, atormentados por la fiebre y los mosquitos que no les permitían dormir, frutos salvajes é insectos. Crecía aún su miseria al pasar en pocas horas del clima más ardiente al frío más intenso, al alcanzar los riscos y serranías, los helados páramos de lo que hoy día se llama Estado de Santander. Por eso llamó Dalfinger á aquellas frías regiones *Valle de Miseria*. Sólo una reducida tropa regresó de allí á Coro el 3 de Mayo de 1530, mientras que el caudillo salió para Santo Domingo para curarse de la fiebre.

El 2 de Septiembre emprendió su segundo viaje de descubrimiento, penetrando en los territorios de los Pocabuyes á orillas del río Magdalena y en los de los Acolohados en las riberas del río Cauca, que habían de entregarle sus riquezas equivaliendo en 21.000 castellanos de oro. En aquella expedición conquistó armaduras y anillos, equivaliendo á la cantidad de 40.000 castellanos de oro. Por fin llegó á la vega fértil de Chinacota que se encuentra en la provincia de Mérida (Colombia) y que después de la muerte triste de Dalfinger se llama *Valle de Ambrosio*. En aquella llanura le alcanzó su destino; el Adelantado, haciendo un reconocimiento, fué acometido por una tropa de indígenas, los cuales atravesaron con una flecha la garganta de Dalfinger, quien murió al tercer día. Enterráronle debajo de unos árboles umbrosos y en la corteza de uno de ellos le pusieron, como dice Castellanos (*Elegías de varones i'ustres*. Parte II, Elegía I, Canto IV):

En Alfinger fué nacido  
una Ciudad de Alemania;  
tierra bárbara y extraña  
tiene su cuerpo abscondido  
en medio desta montaña

Así terminó la primera expedición de los alemanes en solicitud de oro. El rudo é indomable Dalfinger que se atrevió á los lances más fieros y sin temor á las fatigas cruzaba las soledades más horrendas, era un valiente, un héroe como el que más, cuyo sino era morir combatiendo; adorado de sus soldados, tenía por compañero al horrible huracán y era el terror de los indios, para los cuales no tenía piedad, dejando la fama de un nuevo Atila.

Después de la muerte del primer Adelantado continuaron haciéndose las expedi-



ciones, cuya historia, según dice Marbham (que para su ya citada introducción aprovechó además de Castellanos, Simón, Piedrahita y Herrera, la obra titulada *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, escrita por D. José de Oviedo y Baños, vecino de la ciudad de Santiago de León de Caracas, primera parte, Madrid 1723), parece más una página sacada de los romances del rey Arturo, que una narración sencilla de verdaderos hechos.

Surgieron dos varones alemanes cuyos nombres llama con respeto la Historia, siendo el uno Jorge de Spira á quien los alemanes llamaron *Jorge Hohermuth*, y el otro *Nicolás Federmann*. Este último era lo mismo que Dalfinger natural de Ulm. Parece que el genio de la émula de Venecia, la ciudad de Ulm, que comparte con Colonia la gloria de poseer la catedral más alta de la cristiandad, encontraba su esfera de atracción en Venezuela.

Hohermuth y Federmann se embarcaron con 400 hombres de armas y bastantes caballos y perros en el río Guadalquivir para Coro, donde arribaron en Febrero de 1534, siendo nombrado aquél por los Welser gobernador de Venezuela y éste teniente general.

En 1536 emprendió Hohermuth su viaje de descubrimiento penetrando en regiones que daban al alma pavora y que no volvió á hollar ningún hombre blanco. Verdaderamente mereció su noble apellido que quiere decir «brío alto». Atravesó las ásperas laderas de la serranía de Carora; en seguida se dirigió á la provincia de Baraure, y se detuvo durante la estación lluviosa en las márgenes del río Aricagua. Siguió su camino, siempre perseguido por los naturales y alimentándose de palmitos, é internándose por los llanos esguayó los ríos Apure, Sarare y Casanare.

Cuando entraba nuevamente la estación lluviosa, hizo alto en las orillas del Upía, escogiendo para librarse de las inundaciones el sitio que servía de guarida á los tigres de los contornos. Continuando su camino en busca de un país que le habían pintado riquísimo y que no existía, hizo una excursión por las orillas del río Ariare y después entró en territorio de los Guayupes y los Choques, los cuales salían embriagados á los combates y peleaban con las canillas de sus enemigos á manera de armas. El último río que alcanzó Hohermuth, era el Papamene. De allí puso en ejecución el regreso á Coro, muriendo muchos oficiales, entre los cuales se encontraba Murcia de Rondon, que actuaba de secretario del rey Francisco I durante su cautiverio en Madrid.

En Mayo de 1538 llegó Hohermuth á Coro, después de haber recorrido más de 1.500 leguas y cruzado soledades eternas en que se escucha tan sólo el hórrido rugido del jaguar, el grito del salvaje y la alta voz de los torrentes. Murió en 1540 como gobernador de Venezuela. No tiene verosimilitud ninguna la noticia de Benzoni de que aquel capitán en cuya vida no se mira ninguna mancha, fuese muerto en su lecho por unos españoles rebeldes que echaron su cadáver en la selva. Á Hohermuth se debe el descubrimiento de los Llanos que hoy se llaman de Casanare y de San Martín en Colombia.

Después de muerto Jorge Hohermuth fué nombrado gobernador de Venezuela el obispo de Coro, D. Rodrigo de las Bastidas, y teniente general el que había sido compañero de armas del difunto, el caballero alemán *Felipe de Hutten*, á quien Herrera llama Felipe de Ultré ó Uré, y otros escritores españoles de Hutén. El intrépido y honrado Hutten es sin contradicción una de las figuras más simpáticas entre los germanos que añadieron páginas tan románticas á la historia del descubrimiento de las Américas del Sur. Pertenece á la familia de que salió el fogoso caballero Ulrico de Hutten, el campeón más esforzado de la libertad en la época de la Reforma, que tenía un alma hecha de llama. En Julio de 1541 organizó Felipe una expedición en busca de *El Dorado*. Seguían su estandarte muchos caballeros, entre los cuales mencionaré á los españoles Sebastián de Amenzua y Pedro de Arriaga y el joven alemán Bartolomé Welser, un pariente de los Welser de Augsburgo, rivales de los Fúcares. Dejando Coro marchaban á Barquisimeto, penetraban en los Llanos centrales y pasaban el invierno en el pueblo que Hohermuth había bautizado con el nombre de Nuestra Señora.

Después alcanzaron la provincia de Papamene, y por fin llegaron á una ciudad de los Guayupes, donde sabían que los Omaguas tenían mucho oro y plata. Alentado por los cuentos fantásticos de los indígenas, penetró Hutten en las regiones situadas entre el río Guaviare y el Oopura ó Caqueta y atacó la ciudad del cacique de los Omaguas, llamado Guarica, siendo gravemente herido. Le llevaron á la selva vecina. Y gracias al método bárbaro y extraño de su amigo el cacique de los Guayupes le curaron, pues éste hizo vestir á un anciano esclavo la armadura del caballero alemán, le sentó á caballo y después le hirió del mismo modo que los Omaguas habían herido á Hutten. Concluyó matándole, y así descubrió la dirección y profundidad de la herida del alemán y curó á éste.

Desde los días de Hutten el país de los Omaguas fué considerado como *El Dorado*, la tierra de los dorados sueños. Pero ¡qué suerte tan trágica! Después de una campaña de cinco años llena de sufrimientos y de lances fieros halló la muerte en su regreso. Durante la ausencia del caballeresco Hutten se había apoderado del gobierno de Venezuela un rudo soldado, de nombre Juan de Carvajal, que mató con el machete á Felipe de Hutten y Bartolomé Welser en la Semana Santa de 1546 y les robó todas sus riquezas cuando volvieron á Coro. Expió su crimen en 1547 mandándole ahorcar el licenciado D. Juan Pérez de Tolosa en la ciudad de Tocuyo, fundada por el mismo Juan de Carvajal.

*Bartolomé Welser*, con quien perecieron tantas esperanzas, murió como el inocente Giselhero en la campaña fatal de los Borgoñones á la corte de Atila.

De la desgracia y muerte de *Felipe de Hutten* hablan las cartas de su hermano Mauricio, obispo de Gichotä II, que erigió un monumento sepulcral á Felipe en la iglesia de Santa María, cerca de Arnstein. Felipe tenía un corazón de oro, cual genuino caballero alemán. Ocho epístolas son lo único que llevaba escrito desde 1535 á 41. El 31 de Marzo de 1539 escribió á su padre: «Dios sabe que no me ha im-

pulsado la codicia á hacer este viaje, sino un anhelo peregrino que he tenido ya hace mucho tiempo: creo que no hubiese muerto contento sin haber visto las Indias; pero vos diré que no he olvidado á la madre de mi corazón.»

«Ahora mi ambición está satisfecha y quiero tratar de partir de aquí lo más pronto posible.» Y presintiendo quizá su muerte prematura, escribió el 10 de Marzo de 1541: «Temo la guerra con los cristianos más que la con los indios». Hace sus elogios la *Enciclopedia general de Alemania* que está publicándose en Leipzig por la Academia de Ciencias.

¿Qué se hizo *Nicolás Federmann*, el Teniente general de Hohermuth? Éste le perdió de vista, porque el ambicioso Federmann sólo deseaba obrar por su cuenta. Fué hombre de tan buenos y corteses modales, que refieren los cronistas españoles, que jamás se le oyó proferir palabras descompuestas, y era tan afable, compasivo y misericordioso con sus inferiores, que éstos le idolatraban. Jamás se le tachó de codicioso ni de cruel, y sus enemigos no pudieron nunca mencionar de él una acción sanguinaria ó perversa. Tenía rostro blanco y hermoso, y barba roja y poblada. Por eso sus soldados le llamaban «Capitán Barbarroja». Como Muntaner describió sus expediciones publicándose en 1557 en Hagenau, después de la muerte del autor, bajo los auspicios de su cuñado el ciudadano de Ulm Juan Kiffhaber, la obra titulada en alemán: «*Indianische Historia. Ein schöne kursweilige historia Niclaus Federmanns des jüngeren von Ulm erster raise so er von Hispania und Andolosia ausz in Indias des oceanischen mörs gethan hat, und was ihm allda ist begegnet bisz auff sein widerkunft inn Hispaniam auffz kurszest beschriben, gantz lustig zu lesen*». Encuéntrase la obra original en que se mezclan palabras españolas á las alemanas, dando testimonio de los conocimientos de Federmann, en la Biblioteca de la Universidad de Tubinga, y fué reproducida en 1859 por el doctor Carlos Klüpfel, formando aquella obra el tomo 47 de las publicaciones del *Litterarischen Verein* de Stuttgart á quien tuve yo la honra de representar en Madrid en el Centenario de Calderón. El tomo 47 está agotado ya, pero la ciudad de Ulm que lo guarda en su Biblioteca, tuvo la bondad de prestármelo para que hable de él en este articulo.

Nicolás Federmann el menor de Ulm estuvo dos veces en las Indias, pero lleva escrito sólo el diario referente á su primer viaje que emprendió el 2 de Octubre de 1529 desde Sanlúcar de Barrameda en un buque de los Welser, para que ayude á Ambrosio Dalfinger de Ulm. Cuando el 8 de Marzo de 1530 llegó al puerto de Coro, no encontró á Dalfinger que estaba ausente hacía ya ocho meses; por fin volvió éste de sus aventuras habiendo caído enfermo, y fué recibido por Federmann y el factor, contador y tesorero Juan Seissenhofer que habían mandado los Welser, al son de música, y cantándose un Tedéum en un sitio distante media legua de Coro. Federmann no dice nada de las aventuras de Dalfinger (á quien sólo una vez llama Talfinger), pues no quería contar sino lo que él mismo había visto. Mientras Dalfinger estaba en Santo Domingo para curarse de la fiebre, su compatriota Federmann hacía veces de Gobernador y Capitán general. Y para no quedar ocioso emprendió

el 12 de Septiembre de 1530 con 110 españoles de infantería, 16 de á caballo, y 100 indios naturales una expedición hacia el Sur. Conoció en aquélla á los indios Xideharas, Ayamanes, Cuyones, Xaguas, Caquetios, Cuybas, Guaycarias, Cyparicotes, y nos cuenta de un gran río llamado Iracuy, que tiene las dimensiones del Rhin.

Dice en su relación alemana que llevaba consigo á un notario público que lo anotaba todo en castellano para sus Majestades. El 13 de Marzo de 1531 regresó á Coro de donde salió el 9 de Diciembre para Santo Domingo, y de allí para Sevilla, y para la corte de la Emperatriz que estaba por aquel entonces en Medina del Campo, y por fin para Augsburgo.

Hoy tengo yo la satisfacción de renovar en nuestra queridísima España la memoria del que figura entre los heraldos de la nueva civilización que debía destruir la antigua derribando los ídolos del gentilismo americano, y ejecutando en nombre de la cruz santos hechos heroicos, y doy las gracias á la ciudad de los Dalfinger y Federmann por haberme facilitado el diario de uno de sus más distinguidos hijos.

Réstame hablar del segundo viaje de Federmann cuando éste en lugar de Gobernador de Venezuela, lo cual había ambicionado, era Teniente general de Hohermuth. Iba ya bien entrado el año de 1537 cuando el joven Federmann empezó á aproximarse á las márgenes del río Apare, en donde tuvo noticia de que se acercaba Hohermuth, y con el objeto de no encontrarse con éste, enderezó rumbo directamente hacia el Sur. Internóse en los Llanos y en el verano siguiente marchó con dirección al Meta. Soñando con un segundo Perú empezó en 1538 á trepar por los estribos de las altas sierras con grandísimo ánimo. Después de haber escalado los cerros escarpados de la alta cordillera que cerraba el imperio muisca, llegó á los helados y yermos páramos de Sumapaz, y en el Abril de 1539 se encontró en las altiplanicies de Santa Fe de Bogotá con los conquistadores Gonzalo Jiménez de Quesada y Sebastián de Belalcázar que habían salido de lugares diametralmente opuestos, y cuyas aventuras aun más románticas que las de los Cortés y Pizarro están esperando todavía su historiador. Los tres caudillos emprendieron juntos viaje á la costa, embarcándose en Guataquí y bajando al Magdalena hasta Cartagena. Federmann pasó inmediatamente á España con Quesada, y de allí á Augsburgo, á verse con los Welser, á quienes intentaba pedir la gobernación de Venezuela. Parece que murió profundamente afligido porque no se cumplieron sus deseos. Hubiera merecido mejor suerte el que llevó á cabo un viaje tan peligroso como el que hizo de Venezuela hasta Bogotá, sin que se dijera que hubiese flaqueado una sola vez.

En 1554 les quitaron á los Welser sus privilegios y su provincia. Así á los veinte años de aventuras tan atrevidas terminó el gobierno de los alemanes en Venezuela. Pero el nombre alemán no ha perdido su prestigio en aquella tierra. Hoy viven allí más de mil alemanes, y un consorcio alemán está construyendo el gran ferrocarril venezolano.

La nación alemana que en el día se enorgullece con los exploradores de África

Ehmin Pascha, Peters, Nachtigall, Wissmann, Gravenreuth, Rolfs, Holub y tantos otros, goza de respeto en el mundo de Colón. Dice Arístides Rojas: «Hay países que nacen con un privilegio concedido por Dios; tal es la Alemania, que tiene aptitudes para todas las necesidades, que introduce su industria y comercio en todos los países del globo, que al civilizar enseña, que explora, difunde, fraterniza con todos los progresos y se levanta á la altura de todas las tendencias del siglo.»

Si el héroe del Centenario, ese genio del mar, dirigió estas frases á los Reyes: «Me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable á que era hacedero el navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello» (Colección de Navarrete), lo mismo habrá podido decir con justicia el segundo Colón que abrió campo tan vasto á los más admirables descubrimientos, el Homero de los Andes, nuestro inmortal Alejandro de Humboldt, quien, según la feliz expresión de Varnhagen, trepó á las más altas cimas de la gloria, de la misma manera que había trepado á las más altas cimas de la Tierra.

JUAN FASTENRATH

Colonia, 12 de Abril de 1892.



ARMAS DE LOS FÚCARES